

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XII.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Loren, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redaccion: Victoria 58.

COLABORADORES:

Todos los escritores.

NÚM. 528.

MURCIA 10 DE JUNIO DE 1900.

La Juventud Literaria

MADRE

A MI DISTINGUIDA Y BUENA AMIGA

LA ENCANTADORA Y VIRTUOSA SEÑORITA

Maria Briones

Si enorme distancia separa, los términos luz y oscuridad, estrecho lazo une los de madre y amor.

No se me niega, mis queridos lectores, me diréis, que la afirmación que antecede no es absoluta, por existir algunas madres, desnaturalizadas y criminales.

A esta objeción que acepto de buen grado, como todas las que de vosotros provienen, contesto con la advertencia, de que estos seres, á los que injustamente concedéis, la dulce y augusta advocación de madre, no son más que monstruos del abismo, seres depravados, abyectos sin conciencia, páginas mugrientas y malolientes del hermoso libro: Amor materno.

Arrancad, como yo, estas páginas infamantes, visible blasfemia dirigida, á aquellas otras, sublimes y conmovedoras, saturadas de los tibios y perfumados vapores despedidos, por la afeción entrañable del ser que llevándonos en su seno, nos alimenta y cria con el delicioso nectar de sus pechos, y convendréis conmigo, en la estrecha unión, en la conexión íntima existente entre la madre y el amor.

Negar el cariño de la madre equivaldría á decir: la mortalidad no es nota característica de lo creado.

La madre, lectores míos, nos vivifica con su sangre, y las sacudidas, las convulsiones que en su vientre ocasiona, lo que al calor de su naturaleza se está formando, repercuten en su corazón, hallan eco en su alma, y de su espíritu se apodera la alegría, el regocijo, el orgullo; ese orgullo que toda mujer siente, cuando va á ser poseedora del hermoso título de madre.

Venimos al mundo, y los primeros brazos que con amor santo nos oprimen, son los de nuestra madre; los de este ser bendito, sí, que una y mil veces nos coge y estrecha contra su pecho surtidor de cariño inagotable.

La madre nos ríe, llora, grita, canta, suplica y regaña. ¡Y qué sabor tan sui géneris poseen los regaños de este ser adorable! Desdichado el que no haya herido su oído ese grito del alma: ¡hijo mío! ¡haz esto, si es por tu bien!. No haber percibido la sensación producida por estas palabras, fidelísimo resumen de sus reconvenciones, es sufrir idéntico infortunio, al del ciego que se ve privado de admirar las bellezas de la portentosa obra llevada á efecto por el sumo artifice.

Cuando de niños nos lleva á los paseos, su ser platórico de justa vanidad, goza indefiniblemente mediante la contemplación que nos dispensa siendo esta contemplación de tal índole que consigue se fijen en nosotros todos cuantos pasan. En estos momentos, su orgullo de madre se ve halagado y no cesa de prodigar miradas, en las que se compendia el agradecimiento, y la interrogación: ¿verdad que mi hijo es muy hermoso?

Mujer sublime que nos mece en su regazo y arrulla con sus

palabras de amor; que nos duerme con la armonía de sus besos y enseña á balbucir plegarias al altísimo; que nos infunde el santo temor del Dios y forma nuestro corazón; que al calor de sus caricias nos cria y conduce por el camino del bien.

Con ella pisamos por vez primera, el templo de nuestra religión, y ella es la que en todos los momentos de la vida nos acompaña.

Si soñamos feíces, satisfacción indescritible se apodera de su espíritu. Nos cubre la negra túnica de la desgracia y su corazón derrama lágrimas de sangre.

La madre es nuestro consuelo y amparo, el nido de las alegrías y de los dolores que experimentamos.

Su alma es, el santuario donde arde la tea del amor, en obsequio al hijo de sus entrañas, y el mejor espejo que tenemos, porque así como un pedazo de cristal cubierto por una de sus caras de azogue, permite se dibujen en la cara opuesta nuestras bellezas ó deformidades, así el alma de ese ser celestial, envuelta en cariño bendito, por el mismo Dios, refleja las virtudes y los defectos que poseemos.

Yo no me canso de admirar esta sublime criatura resumen del amor, la virtud, el heroísmo, la bondad, la abnegación.

Si algún cariño hay insustituible, no es otro sino el de la madre.

Imperecedero es su amor, e inextinguible es su recuerdo; este vive siempre en nuestros pechos y en nuestras inteligencias.

Corta el hilo de tan preciosa existencia la afilada y fatal cuchilla de la muerte y al separarse la materia del espíritu, éste emprendiendo triunfal carrera por senderos tapizados de bellas

y aromáticas flores, nos envía un cariñoso ósculo, como testimonio de la desinteresada protección, del benéfico amparo, que ha de continuar dispensándonos en la celestial región. La madre desde el cielo vela por nuestra dicha, con el mismo ardor, con idéntico celo que ha velado en esta vida, no extinguiéndose nunca su consolador cariño, su indefinible ternura. Afirmar pues que la madre, jamás nos abandona es sentar una verdad incontrovertible.

Tú eres ¡oh! sublime criatura, el sostén de la humanidad; ángel de paz; la nota más armoniosa de la creación; rica flor que exhala delicado perfume; la que nos enseña lo que significa la fe, lo que vale la esperanza, lo que es la caridad.

Yo te bendigo y adorándote te considero como la página más brillante y hermosa del libro de la vida.

Si alguno hay que no comprenda tu cariño, compadezcámosle.

¡Desdichado el que en su corazón y fuera de él no venera y rinde culto á su madre!

EMILIO BELMAR.



TRES FECHAS

I

De los días que llevo de mi vida, no sé si por temor de hacerme viejo, he olvidado la cuenta, y hasta ignoro la fecha de mi pobre nacimiento

II

De los días de vida que me restan nada apenas penetro, y esperando la fecha de mi muerte, dejo correr el tiempo como asomado al borde de un abismo cuyo fondo medir en vano intento.

